



Volverás a mí

Las historias que la selva cuenta
a sus niños, cercanos y lejanos

contadas por Lunita
Libro Primero

*A Nico y Eileen,
en su primer viaje juntos.
Que sea el primero de muchísimos,
y que se parezca a esa luna de miel
que ambos se merecen.*

*Y a Fagiolino —
porque ese era el nombre que yo le había dado—,
el niño que no llegó a nacer
y que es, y será por siempre, en nuestros corazones.*

*Es sobre todo a ti, Fagiolino,
a quien está dedicada esta historia.
Con la certeza de que, dondequiera que estés,
cada palabra te llegará,
llevada por el viento entre las hojas,
encendida como un pequeño fuego allá en lo alto,
viva como todo lo que ha sido amado
y que, por eso, no se va nunca del todo.
La abuela lo sabe.
Te la cuenta ella, ahora.*

El árbol

Hay un árbol, en la selva, que todos conocen.

Tiene el tronco fuerte y las raíces profundas, tan profundas que ningún viento ha logrado nunca moverlo. Está anclado a la tierra como una promesa. Y tiene las ramas anchas, anchas así, abiertas como dos brazos que no se cansan nunca de permanecer abiertos.

Bajo esas ramas encuentra refugio cualquiera que llegue. Los pajaritos más pequeños, cuando llueve. Las ardillas, que justo allí construyen su nido. Todos tienen un lugar, entre sus ramas. Nadie sobra nunca.

Y a veces, cuando cae la tarde y el silencio se vuelve completo, si escuchas bien puedes oírlos hablar entre ellos. Las ardillas les preguntan a los pájaros cómo es volar alto en el cielo. Y los pájaros les preguntan a las ardillas cómo hacen para encontrar las bellotas más sabrosas. Se cuentan el día, así, hasta que se duermen todos juntos, a salvo.

Hubo una noche en que un búho se acercó, en busca de su cena. Pero el árbol se dio cuenta, y estrechó a todos sus pequeños fuerte entre las ramas, cerca del corazón, y los volvió invisibles. El ave rapaz pasó, miró, y no vio a nadie. Vio solo hojas. Solo un árbol tranquilo en la noche.

Este libro está dedicado a ese árbol.

A Kiki, que nunca se fue. Y a todos los niños de esta tierra, para que recuerden que existe siempre, en algún lugar, un sitio y dos brazos abiertos donde nadie sobra jamás, y donde ningún búho puede encontrarlos.

ANTES DE EMPEZAR

Me llamo Lunita. Pero este nombre me lo pusieron tarde, y ya te lo contaré.

Soy vieja. Vieja como el agua que duerme en la oscuridad, vieja como las raíces que se toman de la mano bajo la tierra. Soy una selva, un pedazo de mundo verde asomado al mar, en una tierra que los hombres llaman México y que yo ya llamaba de algún modo, mucho antes de que ellos llegaran con sus nombres.

He decidido contarte una historia. O mejor, muchas historias, que en el fondo son una sola.

Lo hago por un motivo, y te lo digo enseguida, con el corazón en la mano, porque las abuelas no tienen tiempo que perder en rodeos.

Lo hago porque mis niños se están yendo.

No lejos con el cuerpo: viven aquí cerca, a dos pasos de mí. Pero en el corazón, sí. Han crecido mirando hacia el otro lado: hacia el mar, hacia las cosas que brillan, hacia el ruido del mundo grande. Y casi han olvidado que detrás de sus espaldas estoy yo. La selva que los vio nacer. La que conoce su verdadero nombre.

No estoy enojada. Las cosas viejas no se enojan: esperan. Y yo sé algo que tú todavía no sabes: que todo vuelve. La marea que se retira es ya la misma marea que regresa. También los niños vuelven. Siempre. Basta llamarlos con la voz justa.

Este libro es mi voz.

Lo escribí para los niños de esta tierra, para que recuerden quiénes son y de dónde vienen, y vuelvan a caminar sobre mí con los pies descalzos.

Y lo escribí para ti, que vienes de lejos, que cruzas el mar buscando aquí algo que en casa ya no encuentras. Quiero que, cuando vuelvas a tu hogar, te lleves dentro un pedazo de mí. Y que regreses. Y que traigas contigo a las personas que amas.

Porque al final de todo, ¿ves?, las historias sirven para esto. Para tomar de la mano a quien está lejos. Para decir, incluso desde muy lejos: aquí estoy. Pienso en ti. Te estoy esperando.

Siéntate, entonces. Ponte cómodo. Quítate los zapatos, si quieres -es más, quítate los de verdad, que la tierra bajo los pies descalzos es la manera más antigua de empezar a escucharme.

Empiezo yo. Tú quédate tranquilo y escucha.

Volverás a mí. Ya lo sé.